

## Sobre la catástrofe del Avión y Andreas Lubitz

Hablaba el otro día en una conversación-debate con el Rabino Meier Soloveitchik, sobrino nieto del famoso Joseph Soloveitchik<sup>1</sup> acerca de los efectos perversos de cada cosa que el primer Adán hace para cumplir con el encargo de Dios (así llamaba su tío abuelo al Adán del primer relato de la creación en Génesis). Los efectos perversos de la acción humana para dominar la naturaleza que le fue entregada con la misión de domesticarla, chocan con la encomienda del segundo relato al Segundo Adán, al que se le entrega un Paraíso para que pasee por él y charle con su Creador. Esta contradicción (o lo que yo llamaba “paradoja”) genera infinitas combinaciones de lo que Ivan Illich llamaba contraproductividad o Dupuy y McIntyre efectos perversos; él lo aplicaba a los efectos biosociales no queridos de la aplicación de la medicina, pero yo creo que son observables en cualquier institución.

Hans Jonas, al que contextuaba como inspirador de la filosofía profética del siglo XX de origen judío, junto con Hanna Arendt, Günter Anders y Henry Atlan, decía: “La muerte no aparece ya como una necesidad que forma parte de la naturaleza de lo viviente [...] sino como un defecto orgánico evitable”, como un problema que tenemos que resolver. El hombre vanidoso, cree que dominando las fuerzas de la naturaleza ya es suficiente. Se alarma cuando alguien se salta inesperadamente los controles del Gran Hermano científico, ingeniero, o psiquiatra... No conocen al hombre. Esta criatura genial, imprevisible, que puede ser un santo o un depredador según como se levante por la mañana ha sido dotado de un don espectacular, pero que inevitablemente entraña un riesgo fatal: ¿la libertad? No, está muy manido el concepto: la necesidad de dar sentido a su vida cada minuto.

Hoy se nos plantea qué es la muerte de forma dramático-trágica. Cuando un piloto decide suicidarse cometiendo un magnicidio. El resto de los días tenemos una sordera constitutiva a la música celeste. Sólo oímos un Rap machacón que llevamos con los cascos a todas horas: “trabaja, produce, asegúrate el pan, sé dueño de tu vida, adora los ídolos (el dinero, el placer, el trabajo...) que ellos te devolverán vida”. Todos hemos caído prisioneros en una trampa que ya el evangelio de Mateo (Mateo 4)

---

<sup>1</sup> A propósito de la traducción al español del famoso libro *La soledad del hombre de fe*.

anunciaba: creer que sólo de pan vive el hombre, que el hombre puede cambiar su historia tirándose de pináculos cada vez más exigentes y arriesgados, o que la fama, el éxito o el triunfo dotaran a la vida de sentido. Pero la muerte nos pone en la realidad una y otra vez, y tanto más cuanto más arbitraria aparece. Si yo fuera el tentador no lo haría así, porque es lo único que nos hace pararnos un momento y “pensar”. Bueno, quizás sea por eso por lo que ha creado a los tertulianos. Piensan por nosotros: desvían la atención a lo superficial y logran un efecto perverso que mejora la eficacia del proceso: la muerte y el sentido de la vida no es el tema, sino los culpables, los cómo, la enfermedad, los controles, los políticos... Mientras miramos el dedo cuando se nos señala la luna vamos bien, la máquina adámica sigue produciendo.

El ejemplo que extraen de la medicina Ivan Illich y André Gorz es explícito: «se ha convertido en algo chocante afirmar que es natural morir, que hay enfermedades mortales, que no son una desregulación accidental y evitable, sino la forma contingente que toma la necesidad de la muerte” .... “El sistema sanitario es el resultado del calado profundo de la mentalidad marxista. Cifraba el futuro en la lucha del hombre por liberarse de las muletillas de la superstición en las que se refugiaba del dolor y que le impedían afrontar la lucha titánica por dominar su medio físico y la historia. Sumido en la alienación, apoyado en el opio de la religión, no asumía la lucha revolucionaria contra la naturaleza (la muerte y la enfermedad) y contra la opresión (el hambre, la explotación y la miseria). La pregunta que nos podemos hacer después de un siglo de lucha contra esos obstáculos esgrimidos por el marxismo es legítima aunque escandalosa: “¿a partir de qué umbral esta lucha por la liberación se confunde con el rechazo pueril y absurdo de lo inevitable?” “Bajo qué condiciones la mistificación que consiste en hacer pasar por natural un mal cuyo origen es político, se transforma en la mistificación contraria, la finitud naturalmente incuestionable de la condición humana percibida como la alienación y no como la fuente de sentido?”»<sup>2</sup>

Yo le añado un factor más de análisis porque el tema “muerte” reclama ir más lejos, no es una cuestión biológica, ni política, ni siquiera psicológica, sino la clave de la vida. Si no se la dota de sentido la vivencia de la muerte como mero problema se convierte en un arma arrojada letal: puede llevar a millones de personas a los Gulacs

---

<sup>2</sup> J.P. Dupuy, *La marque du sacré*, p. 106.

a las cámaras de gas, a los coliseos, a las fosas comunes y a convertir a un avión de pasajeros en un misil.

La contraproductividad significa (enésima versión del *pharmakon*: veneno que cura también mata) que conseguimos efectos contrarios a lo que pretendemos. Buscamos libertad y nos enfrascamos en nuevos modos de esclavitud, creemos que buscamos participación en las decisiones ciudadanas y nos vemos prisioneros de estrategias de dominio, defendemos la vida y aclamamos leyes que la amputan, alardeamos de autonomía y sólo queremos que otros nos den la vida; buscamos aire limpio y nos dedicamos a ensuciarlo; pensamos que siempre son otros los que hacen el mal del que nosotros nos exculpamos y utilizamos la vieja estrategia del avestruz: esconder la cabeza cuando el “culpable soy yo”; el empobrecimiento de los lazos que unen a los hombres entre ellos y con el mundo se convierte en poder generador de demanda de objetos sustitutorios que llenen el espacio, sin conseguirlo. Todo para poder sobrevivir en un mundo cada vez más alienante, más mimético, obteniéndose un resultado paradójico: cuanto mayor autonomía pretendemos más heterónoma es nuestra vida, más dependiente, y esto pervierte la realización de los objetivos: a veces... “la medicina corrompe la salud, el escuela bestifica, el transporte se inmoviliza y nos atasca, o vemos como nos mata, las comunicaciones se vuelven sordas y mudas, el flujo de información destruye el sentido, el recurso a la energía fósil que dinamiza la vida, amenaza con destruir la vida futura, la alimentación industrial se transforma en veneno”<sup>3</sup>, la globalización nos vuelve exasperantemente nacionalistas.

MacIntyre corrobora esta perspectiva. Nos dice «cuanto más catolicidad – en el sentido de universalidad- del mundo más fragmentación; el mundo sin fronteras se llena de nuevas barreras, el amor se convierte en deseo, al deseo lo llamamos amor, a la muerte digna la llamamos vida y a la vida naciente muerte, al cielo infierno y al infierno destino». Ante este panorama que la escuela de Ontario y Jean Pierre Dupuy a la cabeza, llama “catastrofismo iluminado”: ¿hay alguna salida? Estamos plagados de efectos perversos: pretendíamos “a” y obtuvimos “b”. ¿Qué nos ha pasado?

---

<sup>3</sup> Jean-Pierre Dupuy, *Pour un catastrophisme éclairé*. Seuil, Paris, p.26

Da lo mismo que se trate terroristas islámicos, que de homi-sui-cidas, de femes o de radicales de cualquier cuño. Todo son reacciones a la perversión del sistema, que se vuelven contra nosotros mismos con violencia. Ha cuajado el mensaje marxista: “la violencia es la partera de una sociedad sin violencia”. Porque en el fondo todos buscan el paraíso perdido.

Por qué una puerta que se cierra según un sistema inviolable para impedir que unos hipotéticos terroristas entren en la cabina del piloto, sirva para ser la puerta de la muerte segura. ¿Otro efecto perverso? Nada más. Nos vemos sumidos en trampas que nosotros mismos hemos puesto contra depredadores, creyéndonos ese Primer Adán encargado de dominarla naturaleza y someterla... Ni siquiera el Segundo Adán, el que dialoga con Dios al atardecer en el Jardín del Edén, puede traernos el sosiego, la razón, la trascendencia iluminada que nos salve de nosotros mismos puede ser igual de alienante y peligrosos (las historia está llena de espíritus iluminados que han inventado hogueras, holocaustos, guillotinas en nombre de una Olimpo infinito de dioses inventados a imagen y semejanza de ambos adanes). Necesitamos no un segundo Adán, sino un Nuevo Adán, que nos salve de nosotros mismos.

La pregunta es si el proceso de desacralización que la humanidad lleva a cabo desde la Ilustración, dándole a la secularización judeocristiana una vuelta de tuerca más queriendo liberarse de ella, y con retrocesos tipo ISIS o New Age, ha colmado las expectativas o si la vida humana se encuentra aún más en peligro.

Nuestra humanidad afectada por sacralizar ídolos espurios que prometen lo que no dan, y que generan luchas de titanes insostenibles en un frágil planeta sometido a la arbitrariedad de los nuevos dioses... cuyas políticas sociales y científicas, las nuevas formas de religiosidad paganas, nos amenazan con la irrupción de una Némesis apocalíptica, nos hacen intuir que hemos perdido la clave hermenéutica: la vida sobre este planeta es un don de origen divino. El hombre cree estar solo en el universo, sin darse cuenta que esa soledad es fruto del orgullo que le está autodestruyendo.

El rabino, ayer, nos invitaba a sabernos acompañados, a mirar más allá de nuestro ombligo, a superar nuestros miedos, a ponernos en camino en busca de nuestra Canaán prometida, a escuchar la música de las esferas, la melodía armoniosa

para acercarnos a la santidad. Porque no hemos sido creados solo para rellenar el “espacio desconocido del cielo sino para santificar la tierra”. Dejaba en nuestras manos el poder hacer del don de la Tierra y de la historia que hemos recibido de un Dios amoroso un paraíso de Paz y de belleza.

¿Cómo podemos acceder a este secreto misterioso del Nuevo Adán? Que dote de sentido a una existencia, que en la esperanza de vida eterna, de resurrección, encuentre un obstáculo para el suicidio y una motivación para vivir una vida dolorosa. El Segundo Adán tiene que abrirse al Nuevo Adán, ese hombre espiritual, buscador de la verdad, tiene que aceptar la llamada del nuevo Adán e ir al encuentro al atardecer de su Creador. En ese encuentro en las vísperas de la catástrofe puede encontrar la fórmula para convencer al Primero de inyectar de esperanza su acción fabril sobre el mundo. Aprender a equilibrar el poder instrumentalizador del 1º Adán *homo faber*. Queremos que lo profano-secular se preñe de la santidad, donde el panorama aterrador propiciado por la tecnología [esté] bajo control, guiado por valores morales (y de la *Halajá*)<sup>4</sup>. Cito a Soloveitchik: “El Primer Adán, narcisista, arrogante, demoniaco,... tiene que escuchar al segundo Adán”. [Al que tal vez toque en el s. XXI ejercer de profeta]. “El 1º Adán, el **dignificado** como ser biológico que se distancia de la animalidad, puede verse en el trance de perder su dignidad, sino escucha la voz del Segundo Adán, el **redimido**, la llamada de la trascendencia que lleva dentro”. Tiene que aprender, no a controlar la naturaleza –que lo hace bastante bien-, sino a controlarse a sí mismo.

Ante este panorama desolador (i.e) que genera soledad, como dice Soloveitchik tenemos que ser como el profeta Eliseo: «*La resignación y la desesperación eran desconocidas para el hombre de la alianza que halló el triunfo en la derrota, la esperanza en el fracaso y que no fue capaz de ocultar la Palabra de Dios, que estaba... profundamente implantada en sus huesos y que ardía en su corazón como un fuego abrasador. Eliseo se sentía solo, desde luego, pero en su soledad se encontró con el Solitario y descubrió la singular confrontación aliancística del hombre solitario y de Dios, quien mora en los recovecos de la soledad trascendental. ¿Es que tiene derecho el*

---

<sup>4</sup> Cf. p. 27 del prólogo. *La soledad del hombre de fe*. Josephb Soloveitchik

*hombre de fe moderno a una posición de mayor privilegio y a un papel de menor exigencia y sacrificio?»<sup>5</sup>*

*Sólo añadido: el hombre no puede estar solo. Y Dios no es un solitario en la inmensidad de la nada. La “persona” de Dios y la del ser hecho a su imagen no está sola sino se quiere expresamente. Dios no quiere. El tema está en si nosotros queremos. Andreas Lubitz decidió estar solo: un joven perfecto, con unos padres perfectos, en una casa de ensueño, con un trabajo envidiable, no pudo con su soledad. Un efecto perverso del primer Adán, convirtió un útil instrumento de protección del miedo a los otros hombres solos en una rama letal.*

---

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 120